

La municipalidad de Cuernavaca comprende: la ciudad de su nombre, los barrios de Gualupita, Cantarranas, San Pablo, Santo Cristo, San Francisco y Chipitlán; los pueblos de San Anton, Chapultepec, Acapancingo, Tlaltenango, Santa María, Tetela, Ocotepc, Chamilpa, Ahuatepec, Huitzilac y Cuajomulco; las haciendas, Atlacomulco y Temisco, y las rancherías: Buenavista, la Carreta, el Potrero, Hueyapan, Atezcapa, Zacapexco y Mancilla, y tiene 15,320 habitantes.

Un brillante porvenir, no muy lejano, le está reservado á la ciudad de Cuernavaca. Un ferrocarril que parte de la Capital de la República, que llegará á Acapulco y que se explota ya hasta la Cima de la sierra de Huitzilac, traerá dentro de breve tiempo á la morada de Hernán Cortés, todos los beneficios de la civilización y del progreso moderno; la humanidad doliente que respira miasmas deletereos en los palacios de la metrópoli, vendrá en pos de Higia, la voluptuosa ninfa de Esculapio; y los opulentos moradores de la América del Norte esquivarán los rigores del crudo invierno, viniendo á respirar las tibias y vivificantes auras de esta región paradisiaca.

1894.

Cecilio A. Robelo

Benito Juárez.

18 de Julio de 1872.

(Artículo publicado en el Periódico Oficial del Estado de Morelos.)



HOY que la República se viste de luto para conmemorar el aniversario de la muerte del más grande de los hombres de Estado mexicanos; hoy que las letras, la prensa y la juventud estudiosa se agrupan en torno del sepulcro que guarda las cenizas del hombre superior que consumó nuestra segunda Independencia; hoy que los mexicanos agradecidos van á depositar coronas cinerarias sobre la tumba del varón fuerte que nos conquistó la libertad de conciencia y la emancipación del pensamiento; hoy, por último, que la gratitud nacional celebra con inusitada solemnidad el apoteosis de DON BENITO JUÁREZ, cumple al deber

de los Estados asociarse á esa conmemoración siquiera por algunas manifestaciones de sus órganos en la prensa.

Y como quiera que el mejor modo de honrar la memoria de los muertos ilustres, sea dar á conocer á las generaciones nuevas su vida y sus grandes hechos; cumpliremos con aquel grato deber, delineando, aunque sea á grandes rasgos, la vida pública y los grandiosos hechos del más ilustre de los descendientes de Cosijoeza. (*)

En el oscuro pueblo de Ixtlán, del Estado de Oaxaca, y en la primera década del siglo, vió la luz primera; siendo sus padres de condición humilde y pertenecientes á la raza indígena pura; que tan abatida y menospreciada se veía entonces.

Con la perseverancia y terquedad que forman el carácter de los indios, triunfó de los obstáculos que le oponían, durante su juventud, la pobreza y falta de apoyo, y después de cursar en las aulas los estudios que preparaban

(*) Rey de los Zapotecas, en Oaxaca, al tiempo de la conquista por Hernán Cortés.

á la carrera del foro, adquirió en éste merecida reputación de inteligente abogado.

Su carrera política la inauguró empuñando las riendas del Gobierno del Estado que lo vió nacer, y logró implantar una administración enérgica, eficaz y positiva, que se hizo sentir desde el centro hasta los confines de aquel vasto territorio; empezando á lucir desde entonces para aquellas regiones la aurora de la verdadera libertad política, que apenas habla vislumbrado México con la torpemente consumada Independencia por Iturbide.

México independiente, no consiguió desde luego la libertad, cayó bajo el poder del clero y la sociedad quedó esclava del fanatismo religioso en su orden político y en su estructura administrativa. Treinta y cinco años duraron el avasallamiento, el yugo y el ultraje; pero sintiéndose la necesidad del sacudimiento, porque si se prolongaba el letargo podía llegar hasta la muerte, se conmovió la sociedad entera y brotó la idea de la Reforma.

La nueva generación se agrupó en torno del caudillo de Ayutla, y al fin de 1856 se instaló

la Representación Nacional para dar forma á las nuevas é ingentes aspiraciones de la sociedad.

En los escaños de ese Congreso Constituyente ocupó un asiento el modesto D. Benito Juárez.

Un año después fué elevado á la alta dignidad de Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Ese alto puesto fué para D. Benito el vestíbulo del gran teatro en cuyo escenario iba á figurar muy en breve como primer actor.

Cuando se juzgaba que el Gobierno democrático había quedado definitivamente instalado, lograron los enemigos de la libertad, por una reacción momentánea, enseñorearse del poder, y mantener una lucha que duró tres años en diversos puntos del país.

Juárez, en su calidad de Vicepresidente de la República, quedó al frente del partido liberal, y después de protestar en nombre de la Constitución que había sido jurada en 1857, contra el nuevo poder, emprendió una marcha trabajosa y llena de vicisitudes por el interior

del país; se embarcó en un puerto del Pacífico; y atravesando el istmo de Panamá, «entró sereno, como la barca que lo conducía,» á las aguas del Golfo y estableció su Gobierno en Veracruz. Allí se mantuvo sufriendo los rudos embates de la reacción triunfante, concibiendo y elaborando con el inolvidable D. Melchor Ocampo, bajo los fuegos de Miramón, las LEYES DE REFORMA, hasta que obtuvo el triunfo definitivo de la idea progresista.

En los últimos días del año de 1860 las huestes de Juárez dispersaron los últimos restos del ejército de Miramón, y quedaba asegurado, al fin, el triunfo del partido constitucional.

Juárez volvió á México «y se instaló en el Palacio Nacional—dice un escritor—como el pensamiento de la revolución triunfante.»

Uno de nuestros más elocuentes tribunos, D. Rafael Martínez de la Torre, ha hecho la observación profunda de que las instituciones democráticas, tan penosamente conquistadas para México, eran todo y eran nada: eran todo, porque éllas servían de bandera de la libertad y

de apoyo del Gobierno: eran nada, porque en la práctica no regían. Su vida perfecta era imposible en una nación de combatientes.

Las reformas religiosa y política habían sacudido de raíz el árbol secular, á cuya sombra se forma la sociedad de una aristocracia de fueros y privilegios en el clero y en el ejército. La ley de igualdad se había proclamado incorporando á las clases privilegiadas dentro de una misma ley civil.

El antagonismo de clase, condenado por los principios políticos, era una nueva ocasión de guerra.

El planteamiento de las Leyes de Reforma preparaba algunos espíritus para una lucha sangrienta, como guerra de religión.

Los corifeos de ese partido pseudo-religioso, sintiéndose impotentes para luchar victoriosamente con el Gobierno de las nuevas ideas, solicitaron el apoyo de la vieja Europa, y tres Gobiernos de aquel Continente, presintiendo las consecuencias de un triunfo de la Democracia, ofrecieron crear una Monarquía en el

suelo conquistado por Hernán Cortés, y cuya pérdida aun lamentaba España.

No entra en nuestro propósito, ni cuadra á la índole de este artículo, referir la historia de la Intervención Europea en nuestra Patria. Nos bastará decir que, aunque Inglaterra, España y Francia concibieron el proyecto del establecimiento de la Monarquía, y las tres naciones enviaron en Octubre de 1861 algunos miles de soldados al puerto de Veracruz, las dos primeras vacilaron y rompieron la Convención, dejando solo al ejército francés para llevar adelante las órdenes de su Gobierno, que ejecutaba por su cuenta y riesgo la Intervención en los negocios de México y el establecimiento de la Monarquía.

Juárez, investido por el Congreso de facultades extraordinarias para resistir la Intervención, hizo un llamamiento á las armas á la Nación entera.

Las tropas de la República, al mando del general Zaragoza, resistieron el choque del ejército francés en la ciudad de Puebla. El 5 de Mayo de 1862, después de un combate de cua-

tro horas, fueron derrotadas las fuerzas francesas, y al retroceder á Orizaba llevaron la convicción profunda de que no les bastaría un paseo militar para enseñorearse de México.

Engrosado el ejército francés después de algunos meses, volvió á la lucha y sitió á la ciudad de Puebla, que sucumbió al fin después de rudos combates y de romper sus armas el ejército mexicano.

No siendo bastantes las fuerzas del Gobierno Mexicano á contrarrestar los poderosos refuerzos venidos de Francia, evacuó el Presidente D. Benito Juárez la Ciudad de México la tarde del 31 de Mayo de 1863.

Verificada la clausura de la Cámara ese mismo día, los Poderes federales se dispersaron, dándose cita para el interior del país.

D. Benito al partir había jurado vencer ó morir. La guerra iba á ser á muerte y sin esperanza ni voluntad de capitulación.

El 12 de Junio de 1864 llegó á la Capital de la República el Archiduque Maximiliano de Austria, y quedó establecido el Imperio Mexicano, sostenido por Napoleón III.

Tres años batalló aquél infortunado príncipe por nacionalizar su gobierno y por democratizarlo hasta donde lo permitiera la forma monárquica. Empero, D. Benito, alentado por el apoyo y prestigio moral de los Estados Unidos, y más aún, por las inspiraciones de su fé, lo combate sin cesar, y apenas el cuerpo expedicionario francés se reembarca en Veracruz, obedeciendo Napoleón las indicaciones de la Casa Blanca, cuando toma la ofensiva, formando de sus innumerables guerrillas que se hallaban esparcidas por todo el país, gruesos cuerpos de ejército con que combate en sus atrincheramientos á los abandonados imperialistas, y por fin, asedia la ciudad de Querétaro el general Escobedo, y el 15 de Mayo de 1867 se rinde la ciudad, último baluarte y efímero refugio de Maximiliano.

De una celda del convento de Capuchinas de Querétaro salió el Archiduque para el patíbulo que se levantó en el Cerro de la Campanas.

Los defensores de Maximiliano impetraron de Juárez que se no derramara la sangre de

aquél Príncipe; pero el vástago ilustre de Cuauhtemoc tenía que vengar en un vástago de Carlos V los crueles agravios hechos á la raza indígena; el que había implantado la libertad en México tenía que arrojar al rostro de los tiranos de Europa los restos ensangrentados de un rey, para infundirles respeto por las libertades del pueblo mexicano.

Restaurada la República en todo su esplendor después del cruento pero saludable castigo del Cerro de las Campanas, Juárez fué reelegido Presidente de la República, y durante cinco años empuñó con mano firme las riendas del Gobierno; afianzó las conquistas que había hecho para la libertad y el progreso, y, al fin, el día 18 de Julio de 1872 desapareció de entre los vivos para ir à morar en el templo de la INMORTALIDAD.

Es imposible dejar de tributar à tan grande hombre los sentimientos de admiración y gratitud que acompañarán à su memoria mientras aliente la Nación Mexicana.

Por eso el partido liberal se agrupa cada año en torno de su venerada tumba para ofrecerle

las perfumadas flores del recuerdo y los acendrados pensamientos del patriotismo.

Allí se tributan testimonios de amor y de respeto al caudillo, al filósofo reformador, al héroe, al salvador de la Patria.

Desde el fondo de su sepulcro irradiará la gloria de sus conquistas para iluminar las páginas de la historia, en donde nuestros pósteros verán la excelsa figura del que dió libertad al pensamiento, y muerte à la tiranía.

Las generaciones venideras ensalzarán al reformador y al héroe, teniendo que levantar la frente para verlo en la cima del alto y perenne pedestal que le formará la sucesión de los tiempos.

Nosotros lo contemplamos hoy bajo el frío mármol de la cripta y en el ardiente seno de nuestro corazón.

Sus enemigos, los partidarios de la tiranía y del fanatismo, que quieren empequeñecer su colosal figura, nunca podrán oscurecer sus glorias, por grandes que sean su odio y su despecho. La voz de su impotente rabia se ahogará con el dulce concierto de los pueblos por él li-

bertados, de la sociedad por él engrandecida, y por el lejano, pero potente eco de la América latina que lo proclamó su BENEMÉRITO.

Si Juárez venció á los déspotas, á los fanáticos y á los intolerantes, los perdonó también. Que el mismo sentimiento poderoso nos anime á nosotros y á nuestros pósteros, para que nada innoble se confunda con los puros sentimientos de la gratitud.

Bendigamos su nombre, entonemos un himno á las glorias nacionales, y alentemos el propósito de marchar por el amplia senda que nos trazara tan insigne héroe.

CECILIO A. ROBELO.

LA EMBUSTERA

COMEDIA

Traducida del francés y arreglada á la escena de México

—POR—

C. A. ROBELO.



CUERNAVACA

LUIS G. MIRANDA, IMPRESOR.

1895